

ADAM BLADE

AQUA FIERAS

¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

DESTINO

SHREDDER

LA ARAÑA DROIDE

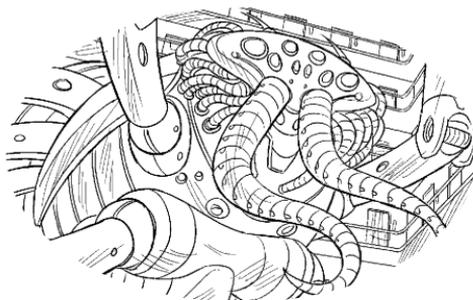
SHREDDER, LA ARAÑA DROIDE



ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

Un agradecimiento especial a Brandon Robshaw



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Shredder. The spider droid.*
© del texto: Beast Quest Limited 2013
© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers,
con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2013
© de la traducción: Teresa Muñoz, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2018
ISBN: 978-84-08-19246-6
Depósito legal: B.13.889-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

EL FANTASMA
MARINO



— ¿Listo, *Riv*? — preguntó Max.
Cogió la pelota-cohete. *Rivet* la miró y se levantó sobre las patas traseras. La lengua metálica del perrobot le colgaba fuera de la boca y gemía con su voz electrónica.

Max sonrió. A *Rivet* le encantaba jugar a que le lanzaran la pelota. Pero era imposible lanzar una pelota normal debajo del agua. Por eso Max había diseñado y construido una pelota-cohete propulsada a reacción.

Extendió el brazo hacia atrás y lanzó la pelota. Esta zumbó a través del fondo oceánico dejando una doble estela tras de sí. *Rivet* soltó un ladrido electrónico y salió como una bala tras ella, dejando un rastro de burbujas y cambiando de rumbo cada vez que la pelota rebotaba contra las rocas y grupos de algas.

Se sintió como en los viejos tiempos en la ciudad isleña de Aquora, cuando el chico solía lanzarle una pelota normal en el parque. El padre del muchacho, Callum, había regresado a Aquora hacía justamente dos semanas, después de que Max lo hubiera rescatado de las garras de su tío, el malvado Profesor. Se estremeció solo de pensar en su tío: un genio de la ciencia loco de poder, que había intentado convertirse en el gobernante de todo el océano.

Max había elegido quedarse allí, en la ciudad submarina de Sumara. Echaba de menos

a su padre, pero el Profesor había insinuado que su madre, a quien había perdido hacía mucho tiempo, estaba viva y bajo las olas en algún lugar. Callum no se creyó las palabras del Profesor, pero Max estaba decidido a encontrarla aunque fuera la última cosa que hiciera. El mundo submarino estaba lleno de secretos, y él estaba seguro de que su tío sabía más sobre la desaparición de su madre de lo que había reconocido.

De hecho, a Max le hubiera gustado empezar a buscarla de inmediato. Pero sin ninguna pista que lo guiara era imposible saber por dónde empezar. El océano era demasiado inmenso.

Rivet nadó hacia él con la pelota-cohete entre los dientes. Su ondulada cola de metal se agitó e incluso pareció que estaba sonriendo.

—¡Otra vez, Max! —ladró, dejando que la bola flotara libremente—. ¡Otra vez!

AQUAFIERAS

El chico cogió la pelota y la levantó.

—¿Listo?

—¡Eh, Max! —lo llamó una voz conocida.

¿Qué tienes ahí?

Él se volvió y vio a su mejor amiga, Lia.

Llevaba una túnica verde de algas trenzadas,



y su largo pelo plateado flotaba libremente en el agua. Su mascota, *Spike*, nadaba a su lado. Lia era la princesa de un pueblo submarino llamado merryn, y había sido ella quien había dado a Max el poder de respirar bajo las olas.

—Lo llamo pelota-cohete —dijo—. La he terminado de construir esta mañana. Mira, va a reacción...

—¿A reacción? —se extrañó Lia. Los merryn no sabían mucho de tecnología.

—Algo así como un calamar —le explicó Max—. Suelta agua por detrás y de este modo puede impulsarse y viajar rápido a través del agua.

Lia frunció el ceño.

—¿Puedo probar?

—Claro. —Max le dio la pelota—. Pero ve con cuidado. No hace falta que la lances muy fuerte porque...

Demasiado tarde. Lia ya había lanzado la pelota-cohete con toda su fuerza. Salió disparada por el agua. *Rivet* la persiguió, pero la pelota-cohete se adentró en la penumbra del océano y pronto se perdió de vista.

—¡Oh! —exclamó Lia—. Lo siento, Max.

—No importa —dijo él. Pero la verdad es que esperaba que la pelota no se hubiera perdido... Se había pasado todo el día construyéndola.

—Vamos a ver si la encontramos.

Nadaron juntos en la dirección que la pelota había tomado. Por delante, *Rivet* iba husmeando entre las rocas y el coral, buscándola. Un banco de peces surgió de una zona de algas e, importunados por el olisqueo del perrobot, se alejaron.

Max, Lia y *Spike* lo acompañaron en la búsqueda. Pero no había rastro de la pelota.

Llegaron a un afloramiento rocoso.



—Puede haber ido a parar a algún hueco entre las rocas —dijo Max—. Y si es así, nunca la encontraremos.

¿Es esto lo que estás buscando?, dijo una voz en la cabeza de Max. Se sobresaltó, se le puso

la piel de gallina por la extraña sensación de oír a alguien hablarle desde dentro de su cerebro. Levantó la mirada y vio una figura que emergía de entre las rocas. Se quedó sin aliento.

Era un chico, de más o menos la misma edad de Max... pero no se parecía a ninguno de los que había visto en toda su vida. Era casi transparente. Max solo podía ver el perfil débil y blanquecino de su cuerpo. Si el chico tenía huesos, también eran transparentes. Un caballito de mar pasó nadando por detrás de él y, aun así, Max pudo verlo perfectamente. Las únicas partes de su cuerpo que parecían sólidas eran las vívidas órbitas verdosas de sus ojos.

Max se volvió hacia Lia.

—¿Qué es eso? —susurró asombrado.

Ella se limitó a mirar al niño, y abrió mucho los ojos en señal de alerta. *Spike* estaba

dando vueltas lentamente y se echaba hacia atrás, como con miedo. *Rivet* se quedó clavado sobre sus patas en el suelo y soltó un ladrido de desafío. El chico fantasmagórico tenía la pelota-cohete en la palma de la mano.

Aquí la tienes.

Otra vez... la voz en la cabeza de Max. Los labios del chico fantasmal no se habían movido. Estaba hablándole por telepatía.

—¿Has oído eso? —le preguntó Max a Lia.

—No he oído nada —respondió ella con voz tensa—. Venga, vámonos. —Tiró con urgencia del brazo de Max.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —quiso saber Max.

—Es un fantasma marino —dijo Lia.

—¿Un fantasma? ¿Quieres decir que está muerto?

—Pues claro que no, no seas tonto. No están muertos, solo son... peligrosos. No había

AQUAFIERAS

visto ninguno hasta ahora, pero mi padre solía contarme historias sobre ellos. Todas las leyendas dicen que traen mala suerte.

No es cierto —dijo la voz en la cabeza de Max—. Por favor, no la escuches. Mi gente necesita tu ayuda.